

sos, locos y visionarios, los que se dan á ver, á buscar y esperar otra cosa. Pues en medio de este mundo, existe por toda la tierra un pueblo numeroso que desprecia lo presente y aspira á lo eterno; un pueblo que prefiere la pobreza á las riquezas, la mortificacion á los placeres, el olvido á la gloria las vigiliassantas á las noches culpables; un pueblo para quien los rudos combates de la virtud son deliciosos, el perdón de las injurias grato deber, el enemigo mismo un hermano digno de compasion y objeto preferente de sus oraciones y beneficios. Como á Pablo, se les dice que están locos: *Insanis, Paule*: como Pablo, convienen en ello: *Nos estulti propter Christum*; y como él, lejos de procurar hacerse sabios, se congratulan de su locura: *Omnia detrimentum fecit et arbitratur estercora, ut Christum lucrificiam*.

Lo que hay aquí mas incomprendible, es la naturaleza misma de su embriaguez y su locura. Están locos con esa locura sublime á que el mundo es deudor de su razon, de toda su razon; ébrios, con esa embriaguez siempre santa del Cenáculo, que ha hecho cuerdos á los locos de Babel. Tal fué, tal es, tal será hasta el fin la Iglesia católica, institucion irremisiblemente milagrosa, aunque solo fuera por eso, y cuyo nacimiento cantaba el profeta real, mil años antes del Pentecostes cristiano: "Señor enviarás tu Espíritu y todo será creado y renovarás la haz de la tierra.... Por la locura del Cenáculo, añade el Apóstol: *Per stultitiam praedicationis placuit salvos facere credentes* (1).

1. Psalm., ciii, 30—I. Corn., 1-21.

CAPITULO XVII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR.)

SUMARIO.—Nuevas relaciones entre la iglesia y la Santísima Virgen.—María llena de todos los dones del Espíritu Santo: la Iglesia tambien.—María es virgen y Madre: la iglesia lo mismo.—El Espíritu Santo es inseparable de María: inseparable igualmente de la Iglesia.—Proteje, inspira y dirige á María: todo esto hace con la Iglesia.—María es un foco de caridad: la Iglesia es tambien foco de caridad.—Para salvar al mundo, María da su Hijo: la Iglesia da los suyos.

La Historia detallada de Pentecostes muestra que la fundacion de la Iglesia es, como la creacion de María, una obra acabada del Espíritu Santo. Entre estas dos maravillas hay otras analogias, que vamos á indicar.

María esta llena de todos los dones del Espíritu Santo, que coma una diadema de inmortalidad, brillan sobre su frente virginal (1). Del mismo modo la Iglesia. El Espíritu Santo es inseparable de sus dones y los reparte, no con medida, sino segun la capacidad de los vasos que encuentra. María, creacion inmediata del Espíritu Santo, tiene capacidad completa; la Iglesia tambien. Luego en María está la plenitud de los dones del Espíritu Santo, plenitud de los dones interiores, plenitud del don de Sabiduría y de entendimiento, plenitud del don de consejo y de fortaleza,

1 No debe exceptuarse el don de lenguas. Siendo maestra y consoladora, no de los apóstoles solamente sino de todos los fieles, que de todas partes acudian á verla y consultarla, era menester que conociera sus lenguas para animarlos, instruirlos, y derramar su corazon maternal en el corazon de los mismos.

plenitud del don de ciencia y de piedad, plenitud del don de temor de Dios; plenitud de los dones exteriores, plenitud del don de milagros y de profecía, plenitud del don de curaciones y de lenguas.

Conforme la historia lo atestigua, el Espíritu Santo comunica á la Iglesia, madre del cristiano, todos los dones de que llenó á María, madre de Cristo. Hoy, en vista del Cenáculo, el cielo y la tierra pueden decir á la Iglesia lo que el arcángel dijo á María: Yo te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las sociedades, y los seres santos que nacerán de tí serán llamados hijos de Dios. No temas; mira como la virtud del Altísimo te cubre con su sombra y con qué magnificencia descende sobre tí el Espíritu Santo.

“El Verbo encarnado, vencedor del Rey de la Ciudad del mal, cumple sus promesas. Se ha elevado á los cielos conduciendo en triunfo á los demonios encadenados y á los cautivos gloriosamente libertados. Al modo que lo hacian los antiguos triunfadores, distribuye hoy con largueza sus beneficios. De sus divinas manos se derraman sobre vosotros, no talentos de oro, ni minas de plata, sino los dones mismos del Espíritu Santo y entre otros el de lenguas. Gracias á este nuevo don, el Judío, hecho hijo vuestro y hablando su idioma materno, hará resonar en los oídos de todos los pueblos las glorias del Verbo, y adorar de los Romanos al que uno de sus precónsules, Pilatos, hizo morir en una cruz (1).”

María es vírgen, la Iglesia es vírgen. Entre todas las prerogativas de María, brilla con un resplandor particular su inviolable virginidad. La Iglesia está adornada con la misma prerogativa: es vírgen y vírgen inmaculada. Depositaria incorruptible del Verbo divino, es vírgen en su fe y

1. *S. Maxim., Serm. in Pentecost., versus fin.*

vírgen en su amor. Lo que ayer era, lo es hoy y lo será siempre; no puede dejar de serlo. Pues qué ¿el Verbo y el Espíritu Santo no han prometido solemnemente estar siempre con ella, hasta el fin del mundo (1)? Puede salir fallida semejante promesa? Si en el trascurso de los siglos fuese posible encontrar, no diré una hora, sino un segundo, en que la Esposa del Espíritu Santo hubiera enseñado la sombra de un solo error, ya hubiera concluido el reino de la verdad sobre la tierra.

Los protestantes, al acusar á la Iglesia romana de infidelidad, no advierten que así erigen en principio el escepticismo universal. Si la Iglesia se ha engañado ó, como ellos dicen, si se ha corrompido, ¿qué vienen á ser las seguridades de infalibilidad, dadas por Jesucristo? ¿Qué viene á ser el cristianismo? ¿Qué viene á ser la verdad, llámese con el nombre que se quiera? La Iglesia es vírgen, pues, como María; vírgen siempre y debe serlo. Por esto mismo, únicamente por esto, es objeto eterno del odio del demonio, lo cual es un privilegio negado á todas las sectas.

La Iglesia, vírgen como María, es madre como ella. “Vuestro Jefe, dice San Agustín, es hijo de María y vosotros sois hijos de la Iglesia; porque esta es también madre y vírgen. Es madre por sus entrañas de caridad; vírgen por la integridad de su fe. Engendra pueblos enteros, pero todos le pertenecen á Aquel, del cual ella es cuerpo y esposa; nueva semejanza que tiene con María, puesto que, á pesar de la multiplicidad, es madre de la unidad (2)”

1. *Math., xxviii, 20; Joan., xiv, 16.*

2. *Caput vestrum peperit Maria, vos Ecclesia. Nam ipsa quod et mater et virgo est. Mater visceribus charitatis, virgo integritate fidei et pietatis. Populos parit, sed unius membra sunt, cujus ipsa est corpus et conjux; etiam in hoc gerens illius virginis, quia et in multis mater est unitatis. Serm. 142, n. 2.*

Para que nazca el Verbo, el Espíritu Santo viene sobre María, y el seno de la augusta Virgen es el santuario del gran misterio. El Verbo es concebido por obra misteriosa del Espíritu Santo: los mismos elementos encontramos en la formación de los hijos de la Iglesia. Lo que el seno de María fué para Jesús, es para nosotros la pila bautismal. El cristiano nace del agua fecundada por el Espíritu Santo; no puede nacer de otra manera (1).

El divino Espíritu hablando á su esposa le dice en el libro de los *Cantares*: "Tu vientre es como un monton de trigo, rodeado de lirios (2)." Fecundidad y virginidad; tales son las dos prerogativas significadas por esta expresion profética. El seno virginal de María fué como un monton de trigo. En él, como en un granero abundante, fué formado y encerrado el trigo divino, trigo dorado y aromático, trigo inalterable é inagotable que, de generacion en generacion, va produciendo cosechas de elegidos, destinadas á los graneros eternos del padre de familia.

El seno de la Iglesia católica es tambien un monton de trigo, cuya fecundidad es inagotable y cuyo grano es indestructible. Más facil seria contar las estrellas del firmamento, que los hombres y los pueblos engendrados por la Iglesia para la vida de verdad. Ni las armas de los perseguidores, ni sus hogueras, ni sus bestias feroces, ni la zizaña de los herejes, ni los escándalos de los pecadores, han podido destruir el trigo católico. En toda la redondez de la tierra y hasta el fin de los tiempos, se verificará siempre lo mismo. Planta cosmopolita, ni la variedad de los climas, ni la diferencia de cultivo, la harán degenerar; lo que está escrito, escrito está.

1. *Joan.*, III, 5

2. *Venter tuus sicut acervus tritici vallatus liliis. Cant.*, VII, 2.

Esta fecundidad inagotable de la Iglesia no es el signo menos brillante de su celestial origen y de su perpétua virginidad. Si por una sola vez, la Iglesia hubiera hecho pacto adúltero con la mentira, ya há mucho tiempo que hubiera dejado de engendrar. Solo el Espíritu Santo es fecundo. Toda sociedad, así como toda alma que él abandona, se hace estéril; estéril, porque ha cesado de ser virgen. Ved al protestantismo con su febril actividad, con sus cargamentos de biblias impresas en todas las lenguas, con sus millones destinados á esparcir sus libritos satíricos ó á pagar á sus agentes: ¿qué pueblo ha engendrado para Jesucristo? Pero ¿á qué hablar del protestantismo? Consistiendo su esencia en una negacion, no podrá producir nada; si en algo es fecundo, no es más que en ruinas. Ruinas intelectuales, ruinas morales; ruinas sociales; estas tres palabras resúmen su historia y la de todas las herejías pasadas y futuras.

Volvamos nuestra mirada hácia la Iglesia oriental, triste hermana de la Iglesia latina y como ella dotada en otros tiempos de una gloriosa fecundidad: despues del cisma, ¿qué ha producido? ¿Nada. ¿Ha plantado la cruz en alguna apartada region? ¿Ha civilizado, siquiera una sola poblacion de Asia ó América? ¿Ha favorecido el movimiento de las ciencias, ó llevado acabo alguna de esas obras, que dejan tras de sí un largo rastro de gloria? No. Pero al menos ¿ha podido defenderse contra su propia corrupcion? Tampoco.

Víctima de la simonía, del escándalo y de la intrusion que la devoran, como los gusanos á un cadáver, ha caido en spantosa ignorancia y en atonía mortal. No ha tenido ni un doctor célebre, ni un concilio digno de llamar la atencion. "Si se hace el parangon, decia ya Montesquieu, entr-el clero griego y el clero latino; si se compara la conducta de los papas con la de los patriarcas de Constantinopla, se

encontrará tan sábios á los unos, como pocos sensatos á los otros." La diferencia entre las dos Iglesias, se ve brillar en la expansion continua de fuerzas y de vida de la Iglesia romana y en sus conquistas sobre todos los puntos del globo, en tanto que la Iglesia griega permanece inmóvil, encerrada dentro de los límites de la servidumbre y despojada del principio de fecundidad, comunicado á la verdadera esposa en el día de Pentecostés.

El Espíritu Santo es inseparable de la Iglesia, como inseparable es de María. La madre del cristiano, formada en el Cenáculo, aparece viva el día de Pentecostés. Vive; puesto que posee el principio de su movimiento, el Espíritu Santo que se manifiesta por actos propios solo de El (1). "En el día de Pentecostés, dice San Agustin, el Espíritu Santo descendió como un rocío santificante sobre los apóstoles, sus templos vivos. No viene á visitarlos de paso, sino á consolarlos perpétuamente y habitar en ellos para siempre. Lo que el Verbo encarnado habia dicho de sí mismo á sus apóstoles: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo," lo dice del Espíritu Santo: "El Paráclito que mi Padre os dará permanecerá siempre con vosotros. Se manifestó, pues, á los fieles, no por el favor de su visita y sus operaciones, sino por la presencia misma de su majestad. Estos vasos no solamente recibieron el olor del bálsamo, sino el bálsamo mismo, á fin de que su perfume llenase el mundo entero é hiciese á los discípulos de los apóstoles, capaces de la vida de Dios mismo y participantes de su naturaleza (2)."

Ahora bien, el Espíritu Santo permanece con María para

1. *Dicimus animal vivere, cum incipit ex se motum habere. S. Th., 1 p., q. 18, art. I.*

2. *Serm. 185 de Temp.*

protegerla, inspirarla y dirigirla; en otros términos, para conservarla hasta el fin, llena de gracia, y como tipo único de belleza moral.

La protege: sin la proteccion especial del Espíritu Santo ¿Cómo María, pobre y delicada hubiera podido escapar, lo mismo que su tierno hijo, del furor de Herodes? La Iglesia está todavía en la cuna y la raza perpétua de los Herodes ha jurado su muerte. Tres armas homicidas se encuentran entre las manos de sus enemigos: la persecucion, la herejía y el escándalo. Estas armas hallarán siempre brazos dispuestos á manejarlas; pero siempre se embotarán contra la fuerza, la sabiduría y la constancia sobrehumanas, que son la triple coraza de que el Espíritu Santo ha revestido á la Iglesia.

Permaneced en la soledad, le habia dicho el Verbo divino al dejarla, no empeñeis ningun combate, ni afronteis ningun peligro hasta que seais revestidos con la fuerza de lo alto. Entónces solamente os pondreis en estado de servirme de testigos en Jerusalem, en Samaria y hasta en los extremos de la tierra (1). Y en efecto, les fué dada esta fortaleza invencible. Vengan los jueces y los verdugos de Jesus de Nazareth; vengan los Judíos y los gentiles, vengan los emperadores romanos con su poder, venga como un solo hombre la vieja sociedad con el furor de su odio y la locura de sus excesos, no faltará quien les responda: La joven sociedad, animada por el Espíritu Santo se reirá de sus amenazas; desafiará sus suplicios, y rodeándose de milagros, les dará en cara con estas palabras sin réplica: Vale más obedecer á Dios que á los hombres. Prestad oido atento, y despues de diez y ocho siglos oireis resonar, en todos

1. Act., I, 8.

los puntos del globo, esta palabra siempre vencedora de las puertas del infierno.

El Espíritu Santo inspira á María é inspira á la Iglesia. María es llamada Reina de los profetas por la sublimidad de su canto profético. Si en los profetas fue la inspiración un arroyuelo, en María fué un río, un vasto mar. Lo mismo sucede con la Iglesia. El espíritu de sabiduría que, en boca de los niños ó de hombres del pueblo asombra á los pretores romanos por la oportunidad y la sublime sencillez de sus respuestas, se expresa en las asambleas de la Iglesia por el órgano de los pontífices con una lucidez que desconcierta al error y con una autoridad entonces desconocida.

Desde un principio, graves cuestiones obligaron á los antiguos pescadores de Galilea á reunirse en concilio. Como teólogos de primer orden y por consiguiente filósofos eminentes, discuten los puntos más difíciles con una elevación que eclipsa las sesiones tan ponderadas del senado y del areópago. Terminados los debates, el concilio envía á los fieles de Oriente y de Occidente su decisión, formulada en términos que jamás asamblea ninguna humana pudo atreverse á emplear: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros: Visum est Spiritui sancto et nobis.*

¡La inteligencia humana colocada en la misma línea que la inteligencia divina! ¡El hombre, compartiendo con Dios la infalibilidad doctrinal y el poder judicial! Si aquí no está lo sublime, ¿dónde se le encontrará? Esta deificación al hombre por el Espíritu Santo no ha cesado jamás en la Iglesia. Todos los concilios generales, desde hace diez y ocho siglos, repiten, en diferentes términos, pero con la misma seguridad, la gloriosa fórmula: "El muy santo, universal y ecuménico concilio de (Trento), legítimamente reunido por el Espíritu Santo enseña, establece, ordena, pro-

hibe, etc." Los concilios tienen la razón por dos lados, pues, por una parte el Espíritu de verdad está siempre con ellos (1); y por otra, la historia prueba que, entre todas las sociedades, solo la Iglesia no tiene nada que retractar.

El Espíritu Santo no solo inspira las palabras de María, dirige también sus pasos. La conduce de Nazareth á Bethléem, de Bethléem á Egipto, de Egipto á Judea, de Judea á Galilea, de Jerusalen al Calvario, al Cenáculo. Lo mismo hace con la Iglesia. Esta acción siempre sensible en el curso de las edades, se hace palpable desde los primeros siglos. El ministro de la poderosa reina de Ethiopia, ha venido á Jerusalen á adorar y regresar á su país: ¡qué noble conquista! El Espíritu Santo habla al diácono Felipe, el cual se acerca al ministro, monta en su carroza, lo instruye y lo bautiza. En un abrir y cerrar de ojos el mismo diácono se encuentra transportado por el mismo Espíritu á la ciudad de Azoto. Su palabra vencedora se deja oír en todas las ciudades intermedias hasta Cesaréa.

¿Es preciso llamar los gentiles á la fé? Pues el mismo Espíritu Santo en persona elige á Pedro para esta misión, y le indica punto por punto la manera de cumplirla. Ha llegado el momento de llevar á lo lejos el fuego divino: ¿quién designará los obreros? ¿Quién los tomará de la mano y los conducirá, sin abandonarlos un instante, como el preceptor conduce á su discípulo y el alma al cuerpo? No serán ni el Padre, ni el Hijo, sino el Espíritu Santo? "Separadme á Saulo y á Bernabé para la obra, á que los he destinado (2)."

Sigamos por un instante á los conquistadores evangélicos, y veremos como todos sus movimientos son regulados por el mismo Espíritu Santo. "Y atravesando la Phrygia y

1. *Joan.*, xiv, 16.

2. *Act.*, xiii, 2.

la Galacia, les vedó el Espíritu Santo que predicasen la palabra de Dios en el Asia (1).” Llegados á la Mysia, intentan entrar en la Bithynia, pero el Espíritu Santo se opone á ello. Se les abre la Macedonia y el Espíritu Santo los conduce á Philipos, en donde San Pablo debia reportar un brillante triunfo sobre el demonio inspirador de una jóven pitonisa. Atenas, Corinto, Efeso, los verán sucesivamente, sembrando los milagros y multiplicando las conquistas.

No obstante, estos hombres poderosos obedecen en todo al Espíritu de fuerza y sabiduría. El es quien advierte á Pablo que abandone á Efeso, atraviése rápidamente la Macedonia y la Acaya y se vuelva á Jerusalem. Ni las celadas de sus enemigos, ni las lágrimas de sus queridos discípulos pueden retardar su marcha. “Y ahora he aquí, dice el mismo, que yo constreñido del Espíritu, voy á Jerusalem: no sabiendo las cosas, que allí me han de acontecer; sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo: que me aguardan en Jerusalem prisiones y tribulaciones. Mas no temo ninguna de estas cosas: ni hago mi propia vida más preciosa que á mí mismo, con tal que acabe mi carrera, y el ministerio de la palabra, que recibí del Señor Jesús (2).”

La inminencia del peligro no hará cambiar estas nobles disposiciones. “Y al día siguiente, continúa San Lucas, llegamos á Cesaréa. Y durante la mansion que hicimos allí por algunos dias, llegó de la Judea un profeta, por nombre Agabo. Este, como vino á nosotros, tomó el ceñidor de Pablo; y atándose los piés y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los Judíos en Jerusalem al varon

1. Act., xvi, 6.

2. Act., xx, 22 et seqq.

cuyo es este cingulo y lo entregarán en manos de los gentiles. Cuando oimos esto nosotros, y los que eran de aquel lugar, le rogábamos que no subiese á Jerusalem. Entonces Pablo respondió, diciendo: ¿Qué haceis llorando y quebrantándome el corazon? Porque yo estoy aparejado no solo para ser atado, sino tambien para morir en Jerusalem por el nombre del Señor Jesús (1).”

El curso de la historia pone de manifesto que Pablo no se desdijo ni por un instante; y da hasta la razon oculta de todas las marchas del grande Apóstol y de todas las persecuciones á que se expuso. Si se ve obligado á huir de Efeso, si se le prohíbe detenerse en Bithinia, si se le manda atravesar el Asia á paso redoblado é ir á dejarse coger en Jerusalem, todo es, porque el Espíritu Santo ha decidido enviarlo á Roma. Caído en manos de los Judíos, será entregado por estos á los Romanos. Declinará el juicio del gobernador Festo, apelará al César, y esta apelacion lo conducirá á la Capital de Satanás, cuyas murallas quebrantará su poderosa palabra.

Esta direccion del Espíritu Santo que se encuentra tambien en la vida de los demás apóstoles jamás ha faltado á la Iglesia. Desde la creacion, la sabiduría infinita conduce al sol como de la mano y le indica todos los dias los lugares que debe alumbrar con su luz. Así, desde la regeneracion evangélica, el Espíritu Santo dirige la Iglesia, sol del mundo moral, y le marca con precision los pueblos y las almas que debe visitar ó abandonar. Se hace preciso atribuir á esta direccion el paso de la fe de una nacion á otra; la conversion de los pueblos del Norte en el momento del cisma oriental; el descubrimiento de las Américas, cuarenta años despues del renacimiento del paganismo en Europa;

1. Act., xxi, 11 et seqq.

el celo maravilloso por la propagacion de la fe de que nosotros somos testigos en el momento en que la apostasia general de las sociedades modernas exige inmensas compensaciones, que reparen las pérdidas de la Iglesia.

Acabemos el paralelismo entre María y la Iglesia con un nuevo rasgo que no es el menos sorprendente. La Iglesia, semejante á María en su fecunda virginidad, se le parece también en su amor maternal. María, madre del Verbo encarnado, alimenta á su Hijo con la leche de sus virginales pechos, *ubere de cælo pleno*. Lo rodea de los más tiernos cuidados, le prodiga las más afectuosas caricias, lo salva de todos los peligros, participa de todos sus dolores y no lo abandona hasta en su misma muerte.

La Iglesia, madre del cristiano, lo alimenta con la leche virginal de su doctrina. No deja que penetre ni un error, ni siquiera la sombra de un error, en su inteligencia criada para la verdad y nada más que para la verdad. Con celosa é incesante solicitud vela esta madre por el alimento de sus hijos. Para apartar de sus lábios todo alimento emponzoñado, emplea el valor de una leona cuando defiende á sus cachorros. Lanza sus amenazas y sus anatemas sobre los Hérodes envenenadores ó asesinos. ¡Dichosos los cristianos, si hubieran comprendido siempre el corazón de su madre!

A medida que su hijo adelanta en edad y se hacen más peligrosas las luchas de la vida, la Iglesia multiplica sus precauciones. Si, á pesar de sus esfuerzos, llega á caer, lo levanta, anima su valor, cura sus heridas, le devuelve la salud y redobla hasta el último momento sus cuidados maternales, á fin de hacer que muera reconciliado con su hermano el primogénito, su juez y remunerador. No bastarían libros enteros, para dar cuenta de lo que hace la madre de los cristianos, en favor del cuerpo y el alma de sus hijos,

desde la cuna hasta la tumba y aun mas allá: imitacion permanente de los cuidados de María por su hijo muy amado.

María no sólo ama á su Hijo, sino á todos los que su Hijo ama, que son todos los hombres. Su amor no conoce la inconstancia, ni el frio, ni se limita á los tiempos, lugares ó personas: *Ego Dominus et non mutor*. Tal es el amor de María. Hizo para atestiguarlo, lo que jamás ha hecho madre alguna; entregó su propio Hijo. Mostrando á todos los siglos á Jesus clavado en la cruz, María puede decir: Así es como yo he amado al mundo, hasta darle mi único hijo. Lo mismo que se necesitó mi consentimiento para la encarnacion del Verbo, se ha necesitado para la inmolation de esta víctima querida.

La Iglesia, madre del cristiano, tiene derecho á usar este mismo lenguaje. En todos los puntos del globo, convertido para ella en un mismo Calvario, muestra las cruces, las hogueras, los cadalsos, las calderas de aceite hirviendo, las cadenas, los instrumentos de tortura, las fieras de los anfiteatros, todos esos mil y mil géneros de tormentos y de muertes, inventados por Satanás y que despues de diez y ocho siglos aun se conservan en los diferentes países del mundo; tras de esto muestra á los más queridos de sus hijos, crucificados, abrasados, ahorcados, molidos, descuartizados, atormentados, en todo ese mismo tiempo y esos mismos lugares. Ante este espectáculo, empleando el mismo lenguaje de María dice á los ángeles y á los hombres: Así es como yo he amado al mundo. Para salvarlo, le he dado y aun le sigo dando los más queridos de mis hijos, los huesos de mis huesos, la sangre de mi sangre.

Este último rasgo de semejanza, añadido á tantos otros, nos muestra en los anales de la humanidad dos madres,

dos solamente, María y la Iglesia que sacrifiquen sus hijos por salvar al mundo. ¡Oh María! ¡Oh Iglesia! ¡Milagros inauditos de caridad! anatema sobre quien no os ame.

CAPITULO XVIII.

CUARTA CREACION DEL ESPIRITU SANTO: EL CRISTIANO.

SUMARIO.—Esta cuarta creacion es el objeto de las tres primeras y por qué.—El cristiano, hermano del Verbo encarnado, hijo de Dios, participante de la naturaleza divina.—Principio de esta filiacion ó generacion divina.—La gracia.—Profundo misterio de la gracia.—Cómo se verifica esta divina generacion.—Sus efectos principales: la vida divina, la filiacion ó adopcion, el derecho á la herencia paterna.—Donde tiene lugar esta generacion.—Resúmen.

Las tres primeras creaciones del Espíritu Santo, en el Nuevo Testamento, se refieren á la cuarta. María para el Verbo encarnado; el Verbo encarnado para la Iglesia; la Iglesia para el cristiano; el cristiano mismo, para divinizar la creacion entera y referirla á su principio, multiplicando por doquiera los hermanos del Verbo encarnado: *ut sit Deus omnia in omnibus*. Estudiemos esta nueva maravilla que resume todas las otras.

En efecto. ¿qué es el cristiano? Es el hermano del Verbo encarnado (1), es otro Jesucristo. Ahora bien, el Verbo encarnado es Dios y heredero de todos los bienes de su Padre, en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad. El cristiano es todo esto, en el sentido que vamos á

1. Vade autem ad fratres meos et dic eis: Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum. *Joan xx, 17*—Qui enim sanctificat et qui sanctificantur ex uno omnes, propter quam causam non confunditur fratres eos vocare dicens: Nutiabo nomen tuum fratribus meis... Unde debuit per omnia fratribus similari, etc., etc., *Hebr., xi, 11, 12, 17.*